

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 140

Reflexiones del licenciado don Fernando Fernández de San Salvador, asesor de la
intendencia

REFLEXIONES

Del patriota americano licenciado don Fernando Fernández de San Salvador. Asesor ordinario por su majestad de esta intendencia.

¡Somos racionales sensatos, o queremos perder el juicio tocados de un mal como el de la rabia, que enfurece y trastorna, haciéndonos embestir y desconocer unos a otros? ¡Qué tiempos tan desventurados! ¿dónde cabremos dentro de poco? ¿Es creíble que en este reino inmenso no encontraremos un pedazo de tierra donde con quietud vivamos? No tenemos peste ni calamidades, porque la misericordia de Dios es pródiga para beneficiarnos, y cuida de que subsistamos con abundancia los que habitamos las tierras de indias de todas clases y estados; porque si su majestad ha enviado como al refugio a los europeos, de quienes dimanamos, y con quienes estamos encadenados, por donde quiera que nos vemos, ¿qué más dicha podíamos recibir de la predilección de Dios; que la de darles hospedaje, cumpliendo con los sentimientos de nuestra religión, que nos obliga a querer de todos corazón a los de nuestra especie, bajo la pena de condenarse el que así no lo haga: *amarás a tu prójimo como a ti mismo?*

¡Ah! ¡Qué confusión y qué dolor! ¿Qué diríamos de los turcos o los moros, si supiésemos, que por desechar a sus parientes y hermanos, ellos entre sí se despedazan, acabando con sus personas, con sus bienes y familias, y declarándose unos con otros sangrienta guerra para buscar con aceleración su muerte, como si la vida valiera lo que la de un cerdo, por no continuar bajo el sistema y orden en que desde su establecimiento

había vivido, o por quererlo con tropelía y sin meditación innovar? ¡Aún esta comparación es desigual!, porque éstos son animales criados con ese destino, y sin embargo a los no acostumbrados a verter sangre, les causa natural compasión verles quitar la vida.

No me entiendo; siempre mis talentos han sido escasos; pero hoy me encuentro sin quietud para un razonable discurso. Los indios (en que se incluyen los españoles, de quienes nos derivamos, o con quienes nos enlazó Dios y la sangre con tanta inmediación como la del hijo respecto del padre, o la del hermano respecto del otro hermano) hemos sido y debemos ser los felices, señoreándonos justamente en el país de prosperidad. ¿Qué nos falta ni podemos temer? Reino más espacioso: ¿quién lo ocupa? Sobra mundo, y falta gente. ¿Pues qué nos incomoda y nos perturba? La irracionalidad, la falta de uso de nuestros conocimientos, y la ambición loca y precipitada. ¿Si me engañaré yo en esta inteligencia? Puede ser; pero ella pende del conocimiento de que aún los animales criados en el campo, sin motivo no se ofenden unos a otros.

Subsistir podemos todos con incomparables ventajas en el reino, porque Dios ha proporcionado en él cuántos arbitrios y recursos se pueden desear; a lo menos el que quiera respectivamente disfrutarlo, no puede quejarse con justicia. ¿Qué millones de sitios no están por poblar y por cultivar? ¿Qué ciencias hay o que artefactos que no sean susceptibles de nuestra diligencia? ¿Y nos pesaría de que nuestros hermanos por estado, religión y costumbres, se multiplicasen para cultivar los campos, y para instruir a estos habitantes con sus oficios, de modo que sin acudir a otras manos tuviésemos en nuestra tierra cuanto apeteciéramos para nuestra comodidad o nuestro lujo? ¿Quién podrá negarlo, sin hacer traición, o faltar sin provecho a la verdad? Se pueden deslumbrar, los que no se detengan como es necesario a proporción de la empresa, regulando su paradero, para calificar cada uno si le conviene más el camino de la insubordinación que el de la unión, con el fanatismo

de reformar el reino y de mejorar de suerte ellos y sus sucesores. ¡Qué composición halagüeña tan aparente y tan falsa! Menos dura que la imaginación o el pensamiento de lograrla, y al fin volvería a quedar en el estado en que se halla con los bien librados, y en nada con los que perecieren en su busca. ¡Qué delirio! ¡qué ceguera! Si supiera en unos rústicos, que no entraran en razón por no ser capaces, algún lugar se haría la disculpa; pero que los tratan siquiera con gentes se propongan estas esperanzas tan inciertas y pasajeras, es candor o tiranía, y conveniencia de justicia y de política quitar la causa para que no cundan y se propaguen sus malignos efectos.

A nadie defendiendo yo, hablo por mí, y deseo que todos se defiendan solos, haciendo su composición, sin otro miramiento que el de su conveniencia particular; dejemos salvo el interés vivificante y lisonjerísimo de nuestro más desgraciado y amado Soberano el señor don FERNANDO VII, cuya memoria será en todos los siglos venerada; dejémosle (repito) su trono, que siempre se debe considerar inmaculado, y vamos a hacer cuentas unos con otros, para ver sin más que nuestros ojos y sentimientos, la que nos sale mejor, para sólo cuidar de nuestras personas.

Locura cruel ha sido y será siempre herir a sangre fría; porque naturalmente se resiste el hombre a ofender a quien no le daña; el león es el príncipe de las fieras, y se aplaude su nobleza porque guarda paz con quien no le perturba ni incomoda. ¿Y nosotros hemos de ser tan infelices, que le excedamos en nuestra conducta, conmoviéndonos unos contra otros? ¡Qué desdicha! ¡qué calamidad es la que Satanás pretender introducir, para trastornarnos y confundirnos en nuestra propia inconstancia y debilidad!

Vuelvo a decir que yo sólo quiero, que cada uno entre a hacer las cuentas para sí mismo; ya rompieron tres impremeditados el hombre por nuestra desgracia, trocándose de hombres regularmente condecorados y apreciados de la república, en homicidas crueles

y públicos ladrones. ¡Qué buen principio! Vamos a matar a el vecino, por quitarle el pan que Dios le ha dado; después se seguirá violar matrimonios y a las doncellas y mujeres honestas, con riesgo de que los agraviados, adoloridos, los envíen a los infiernos en el primer actor o encuentro. ¡¿Qué alivio, y que ventaja resultará a las casas que así destruyan los mismo perturbadores del buen orden? ¿se sigue? ¿o se deja su partido? Uno de estos medios es forzoso; estando al primero, yendo con la turba de los ciegos, los que tengan esta animosidad, en el mero hecho de su resolución los detesta la santa Iglesia, y por las leyes civiles se condenan a la pena de muerte, y de perpetua infamia, triunfando, y tal vez sin triunfar, como debe, el partido de la buena causa, que es la de la hermandad y la inocencia, porque trabándose la guerra tan expuesto va el que la hace por una parte, como el que lo contrarresta, y a el que perezca en la refriega, vencida ésta, se le sigue responder ejecutivamente del delito; y como éste se contrae con el hecho de arrimarse a el concurso de los sublevados, cuando no en la batalla, en su pérdida, el éxito es la muerte, de que nadie se repara; ¡desdichados hombres! ¡qué mayor felicidad pudieran temer! ¿Y que sean tan insensatos, que preservándolos Dios por gracia particular, ellos se busquen su mal agitándose para el precipicio? ¡Qué diríamos del que estando en regular estado, o abatido, subiese a la azotea de su casa para arrojarle de ella? Que estaba loco, o desesperado. ¡Pues de estas reflexiones saque cada cual la consecuencia que le convenga!

Allende y sus aliados no han empezado su hostilidad contra los gachupines, ni por mejorar la patria; sólo una rudeza brutal puede confundir a los hombres de todas clases, para que no conozcan que a lo que llaman es a pelear contra nosotros mismos, contra nuestros padres, nuestros hermanos y nuestro hijos, en una palabra, quieren que nos destruyamos por nuestra mano, entregándonos a la continua zozobra, y a la quietud más peligrosa y molesta. ¿A qué inspira cada uno en el mundo? A tener honor y subsistir

regular, o frugalmente; ¿y esto se conseguirá por los incautos que sin meditación sigan el partido revolucionario, o no se separen de él advertido con su propio desengaño el yerro? El que sin más razón que la de seguir el bullicio, pensando que va a adelantar se agrega a los revolucionarios, en el momento comienza a perder, porque desampara a su mujer y a sus hijos, o su quietud cuando menos, metiéndose en los peligros; y después de hecho, reconociéndose cubierto de crímenes, y con la cruel nota de infiel, no se atreve o se avergüenza de volver a su casa; aunque gane, es apariencia, porque lo robado sabemos que hay que restituirlo, y la cola del delito la queda arrastrando él y su familia entera. Con que si a esto se añade el riesgo de inminentísimo de que lo maten o lo ahorquen, ¿cuándo y cómo se consuela y resarcen los prejuicios efectivos de su violencia y calentamiento él y su pobre mujer o sus tiernos hijos? Luego los que hay de padecer de contado infalible y seguramente, son los que se unan con esos sediciosos que lo que ofrecen son inquietudes lastimosas, efusión de sangre, trastorno de los bienes y familias, quebrantamiento de los mandamientos de Dios, y perdida la opinión de cada uno o de su vida.

Desengañémonos, y creamos, que a lo que se nos convida, es a entregarnos a la impiedad, si meditación y por nuestra mano como si a alguno dañara estar en paz, con sus trabajos o sus satisfacciones, y quieto con su vida. ¿A cuántos resucitará Allende? ¿y en qué términos se subsanarán estos perjuicios? ¿O como se compondrán los que por acompañarlo, dejaron sus tiendas, sus ranchos o sus ganados, y se encuentren al volver sin ellas, sin crédito, perseguidos de la justicia, baldados, y sin mujer, hermanas o hijas, porque habiéndolas desamparado, las obligaron a prostituirse, o las dejaron a sufrir semejantes inclemencias? ¿y estos será justo? ¿ésta será cordura? ¿así veremos por nosotros y por la patria? Pues agréguese a lo dicho la abominación divina y humana; la fulminación de censuras, la execración y la maldición que los ha de aterrar, y la zozobra y el subsidio con

que andarán y vivirán, recordando en su interior cada uno de los robos, y las muertes que hizo, sin más fin que el de dañar a su prójimo; porque los otros lisonjeros que en lo pronto se figuraron están tan altos como las estrellas, y no los verán los nacidos, o si los ven, sus bisnietos, que es imposible, éstos ni han de volver al mundo al que hoy perezca, ni le han de sacar del infierno, si a él ha ido en ese estado. ¿Y qué ésta se llame conveniencia? ¿y qué los racionales no vean estos peligros, que les certifican que esos borrones de la fidelísima América, los convidan a una perdición, y a un llanto eterno? La pobre viuda, las hermanas y los hijos huérfanos ¿de qué modo se consolarán, una vez perdida la opinión, y habiendo acabado infamemente el padre o el marido, porque incautos y alucinados, no quisieron distinguir el bien del mal, teniéndolo a sus ojos? En tiempo están aún lo que andan en el bullicio, de retirarse con sagacidad, arrepintiéndose como el pecador para salvarse.

Ofrecerse a campaña para esos riesgos es virtud, gloria, y honor de cada uno siendo inexcusables, como sucede cuando se va a defender a Dios, al Rey y a la patria, en cuyo caso no estábamos; pero Allende, y sus secuaces nos han puesto en él, porque la religión, si en alguna parte reina hoy es en la América, donde el Rey más amado no tiene otros estados de seguridad que los que le conservemos bajo su legislación, como lo hemos jurados, y lo queremos hacer cada uno de todo corazón, y la patria, no estando acometida por extranjeros, que nos la quieren quitar, debe creerse y juzgarse en el propio estado de inminidad en que está nuestra religión y nuestro Soberano. ¿Pues qué es lo que nos inquieta y alborota? ¿Porqué estando sin mayores cuidados personales en nuestras casas, con las pobrezaas o con las comodidades que Dios nos ha dado, nos hemos de alamar unos vecinos contra otros, los hermanos contra los hermanos, los sacerdotes contra los sacerdotes, y los sobrinos contra los tíos, o los hijos contra sus padres y abuelos, del mismo modo que si fuéramos a defender y ofender, acometidos de los franceses, o de homicidas que nos

quisieran robar? ¿Porqué nos hemos de angustiar y cubrir de melancolía y amargura, porque esos tres cabecillas hayan querido conjurar contra nosotros las maledicencias con tantos males incalculables? No seamos locos y tiranos de nuestras familias y personas, por no discurrir un instante con racionalidad.

Razón de justicia o política no la hay, para el odio que Hidalgo, Allende y Aldama han declarado a los europeos, aunque no fueran sus inmediatos descendientes o sus causantes los que rescataron para Dios este reino; y así cualquiera que los imite pública o secretamente, comienza faltando a la ley de Dios, que no se muda aunque el mundo se varíe de un extremo a otro; siempre nos obliga a amar a nuestro prójimos. ¿Y cómo compondrá cada uno este precepto, con ese odio, prescindiendo de sea mal o bien fundado? ¿y cuál será la suerte eterna del que muera con estos sentimientos y con esta disposición? Si hay algunos tan desalmados que se arrojen a seguirlos sin entrar en estas consideraciones, éstos no deben esperar felicidad, ni numerarse entre los hombres cristianos, porque no lo son, ni pueden serlo. La detestación o aborrecimiento de los europeos, como si fueran enemigos, es tan tirano y repugnante, como lo sería para con nosotros el suyo; esta generalidad (que no puede oírse en boca de sensatos) es tan impía y tan errónea como la de decir, que el soldado por soldado es malo, y el fraile por fraile bueno; pues bien puede ser lo contrario, o serlo igualmente el uno que el otro; porque así como el traje no da la virtud y las costumbres, tampoco el suelo, sin cuyo conocimiento no nos enlazáramos como de una familia y sociedad; prescindiendo de que no puede aprobarse en ningún fuero moral o político. ¿Qué mal nos hacen con venir a esta tierra, que reconocen por patria desde la conquista, con estrechos vínculos que nos unen? Si nosotros hiciéramos otro tanto con la Inglaterra, o algunas otras islas, uniéndolas a este reino bajo el propio dominio y gobierno, y éste se desorganizará por cualquier acontecimiento, ¿sería correspondencia cristiana, que yendo a

refugiarnos para conservar nuestra libertad y religión, por tener allí nuestros hermanos, nuestros hijos y paisanos, se volvieran contra nosotros matándonos sin ofenderlos, porque no éramos nacidos materialmente en aquel suelo? No hemos hecho aquí otro tanto con los franceses para lanzarlos del reino, siendo nuestros capitales enemigos, y tan atroces los motivos que nos obligan a detestarlos. ¿Pues por qué hemos de desconocer a los españoles cuando se acogen a nosotros huyendo de la aflicción? A cualquiera vecinos con quiénes hubiésemos guardado alianza y armonía, les deberíamos dar la entrada por proximidad y hospitalidad; ¿pues qué esos impíos quieren quitar hasta el uso de ella a toda la nación americana, oscureciendo y desacreditando su fidelidad? ¿No suspiramos de corazón, lastimándonos de que nuestro rey el señor don FERNANDO VII con toda su real familia no hubiese transplantádose a este reino para introducirlo en nuestros hombres por dicha, y erigirle palacios de plata, donde fuese la emulación de los soberanos? ¿Pues cómo a sus hijos y vasallos españoles, que le lloran y padecen por su causa, se les trata de desterrar, o de extinguir, como si trajeran en el accidente de la patria la más horrenda infamia, o como si sus hijos y mujeres no fueran patricios nacidos en este suelo? ¡Qué ceguedad! Vuélvase los ojos a las primeras víctimas, y no habrá corazón bastante para compadecerse y llorarlas. ¿Pues qué será cuando nos alcancen de uno a otro a todos; cuando no se escape el español por español, ni el indio por indio?

¡Escandaliza y confunde que así piensen los cristianos! Supónganse que vienen por cientos o millares europeos a establecerse en las Américas; ¿por eso se nos sigue daño? no lo comprendo; porque veo que todavía las Indias forman un dilatado reino inculto y por poblar, donde pudieran trasladarse cuántos españoles componen la península, o reino antiguo de España, y quedar todavía tierras sobrantes; si se multiplican los vecinos, se multiplicarán los vecinos, se multiplicarán también los eclesiásticos, los labrados, los

artesanos y los empleados, los labradores, los artesanos y empleados, y la misma hermandad con que los admitamos, nos prosperará recíprocamente, porque nos bendecirá Dios, como que obramos según sus leyes y mandamientos, haciéndonos dignos de su protección misericordiosa; y por el contrario, desviándonos de esta conducta desde el principio de la revolución, comenzaremos a padecer los males apuntados, sin que sepamos quien librára, y en qué términos, porque el que escape la vida, después de haber andado en tráfgos y sobresaltos, es incapaz que adivine la suerte que le cabrá, ni el estado en que volverá a ver a su pobre familia descarriada, habiéndola con su extravío reducido a indecibles calamidades.

Lo que quieren el cura Hidalgo, Allende y Aldama, es que sus paisanos y parientes españoles, no tengan propiedad en ninguna parte del mundo, haciéndolos tan infelices como a los judíos, porque en su patria le falta acogida, respecto a que la ha usurpado y ocupado el monstruo de los tiranos Napoleón con la numerosa turba que forma su imperio; porque en Francia y sus agregados por medio del robo y del homicidio, tampoco pueden estar sin ser sus esclavos; porque en Inglaterra, o no cabrán por su número, o tendrán otras consideraciones por sus familias, y porque para ir a los Estados Unidos, y otras provincias, pulsarán con juicio iguales reparos, juntos con el de que ellas por su naturaleza no sean susceptibles de proporcionarles con su trabajo y su industria el remedio,

A vista de esto; si se transforma este reino por el orden comenzado, inundándolo en las plagas del derramamiento de sangre, sin otro motivo que el de esa repugnancia, que aunque domine los corazones de Hidalgo, Allende y Aldama, se engañan los que la crean general, por ser singularísima, como sugerida por el demonio a unos hombres que no usan de su entendimiento, o no lo tienen en sí. ¿Qué vergonzoso y sensible no sería para los que de nosotros quedásemos, el oír y saber que los pobres españoles emigrantes se habían

refugiado y los habían admitido con amor y buena voluntad en las provincias de Lima, en las de Mérida y Campeche, en la de Santa Fe y en todas las demás que como está pertenecen en Indias a la corona de España? Nosotros no hemos pensado separarnos de ésta, ni lo permita Dios; la mantenemos y veneramos por el orden que nuestras leyes han establecido, y estamos pendientes de los sucesos que no se puedan calcular; pero aunque sucediera que no hubiese quedado ya la más mínima parte que no hubiese ocupado el francés en España, en ese caso se trasladaría el gobierno monárquico en la propia forma legal que se ha establecido; luego con estos discurso y reflexiones naturales no debemos desengañar y persuadir, de que no hay más bien espiritual y temporal que el de la unión fraternal en que hemos estado, como derivados de los españoles, o como hermanados con ellos en clase de ciudadanos y de vasallos.

Conózcase en tiempo, que la violencia siempre ha causado estrados tan grandes, como sus fines, con circunstancia de que por lo común, los que lo emprenden no llegan a lograrlos, por ser los primeros que se aventuran a los riesgos, al odio y oposición de los perseguidos; y como los que los acompañan se acostumbran al robo y al homicidio, los ejercitan en los propios que tienen por compañeros y caudillos, haciéndolo muchas veces por quitarles el triunfo de las manos, como sucedería con estos desgraciados, que se han convertido en blanco de la infamia y de la tiranía, porque nunca pueden progresar hasta vencer según su pensamiento; y cuando estuvieran cerca, ¿cuántos de los que los rodean, adulan y fomentan sus ideas, se desvelarían por matarlos y quitarlos del medio para lograr el puesto a que ellos aspiran? ¿Quién pensaría en Francia a los principios de su revolución, que un extranjero debilísimo nacimiento había de subrogarse en el trono de su legítimo soberano Luis XVI, cuando lo que se propusieron fue no tener rey? ¿Y cuántos años llevan de perpetua guerra hechos el escándalo del mundo, sin religión, sin contar con su vida cada

uno, sin otro instituto ni otro oficio principal que el de matar y robar? ¿Y sucedería menos con el reino de Indias siguiendo los pensamientos de esos desalmados? ¿Y porque ellos se han aturdido y prevaricado, nos hemos de aturdir todos, poniéndonos en convulsión general? Que lo hagamos en defensa porque nos obligan, justo es y necesario, porque entonces no se busca, sino que se resiste el mal.

En otra forma ¿cuál es nuestra racionalidad? ¿Cómo nos hemos de numerar entre la gente culta y cristiana? ¿Qué ya desesperamos en cuanto a nuestra conservación personal y la de nuestras familias? Pues toda esta ceguera se necesita para imitar a esos impíos, que no merecen el título de hombres, porque no es racional el que abomina en esos términos a sus iguales. ¡Qué dolor no causa la zozobra en que traen los vecindarios esas maquinaciones! Entre cada uno en la consideración de ellas; repentinamente pasa de uno a otro la voz indisplaciente y sorda, de que en este lugar o en el otro va a haber sublevación, porque los que debían dormir quietos, dando a Dios gracias por librarlos de la guerra, que es el mayor mal, proyectan abrirla unos contra otros según sus miras y fanatismo, y con esta cizaña de algunos emisarios ocultos de Napoleón, empiezan a verse con cierta desconfianza, que va adelgazando y tira a romper los lazos nobles de nuestra hermandad; Desde aquí comienza la fatalidad, porque unos y otros consideran con sentimiento irremediable que traen un San Benito, o una afrenta en su nacimiento, que es cuánto de la tiranía puede ponderarse, porque así como el amor por natural correspondencia produce amor, así un odio engendra otro, y no conservando el vínculo de la sincera cordial hermandad, o consintiéndolo y aumentándolo, a más de no ser dignos de absolución sin detestarlo, forzosamente se seguirían las mortales plagas de la oposición recíproca, porque nadie elige patria, como tampoco padre, y porque a cada uno lo hacen bueno o despreciable sus obras, sin que el juicio de algunos se forman de cortar males o traer conveniencias,

justifique este acaloramiento, ni esta festinación; porque los males, cuando los hay, no se remedian en un día; porque para hacerlo es cordura representarlos antes; y porque muchos no lo son en su fondo y realidad, y debemos considerar la angustia en que está la monarquía, y la que padecen los infelices españoles, saliendo errantes de su patria, donde han perdido sus colocaciones, sus bienes y sus familias por ella y por la religión, en cuya defensa hemos sido interesados, sin habernos puesto a resistir las balas, ni a dejar nuestras casa, padres e hijos.

Serénense los espíritus con la confianza de que esa su prudencia y espera, es nuevo mérito que recomienda a los indianos, convirtiéndolos en redentores de las angustias de los españoles, y aplicada un poco la borrasca, su gratitud y justicia nos seguirán prosperando. ¿A qué se van y son llamados nuestros celosos propectos y literarios diputados? ¿Pues por qué la festinación tumultuaria ha de privar a los americanos de la felicidad que tienen próxima, sin derramar sangre, ni degradar su antiguo y acrisolado mérito? A lo menos no debemos desconfiar ni atropellar entretanto los medios, queriendo que la precipitación y los brazos remedien lo que la razón sin estrépito puede reparar; porque igual obligación tenemos de acreditar nuestra hermandad que los Españoles, de ratificárnosla con testimonios prácticos que la hagan sensible a todo el mundo; porque la gravedad de la monarquía, nunca permite que sus ofertas queden en el aire, y antes bien las adelanta para hacerlas resplandecer: no hay que cegarse, ¿qué se consigue con dejar a la familia y matar al vecino o provocarlo a que mate al que le intente dañar? Cada uno hemos de dejar las negociaciones de que pendemos, por el comercio, por la agricultura o por la oficina, y hemos de empezar a cometer con nuestras vidas, y con las de nuestras mujeres e hijos, haciéndolas víctimas del luto, de la miseria y del llanto, sin contar una hora de sosiego; porque por muy venturoso se tendrá el que mate en un día cuatro o cinco de sus hermanos,

sin que por eso él quede asegurado. No hay delito más abominado a Dios que el del homicidio, por lo que si ésta se llama ventura, ¿cuál será la de los que lo padecen? Y a ese mismo valiente o afortunado ¿quién lo libertará de los restantes peligros? ¿qué noche dormirá sin temor? ¿y en qué paraje no le perseguirá como su sombra? ¿cuáles serán sus sustos y sus reflexiones cuando entre las tinieblas de la noche y en los sueños se le representen los cadáveres que con impiedad hizo? ¿y cuál su confusión y su horror cuando vuelva la vista a la lastimosa viuda y a sus hijos, viéndolos mendigar sin más delito que el de no haber escogido el suelo, y sus padres el de haberse utilizado en América la tiranía hasta el grado de figurarle en la aprehensión insulsa y necia de ser criollo o gachupín?

Obre la cordura humana, para detestar y suponer todo entusiasmo quimérico, y hagámonos de fiel resolución para mantener el orden en que hemos nacido, uniéndonos con ella a la buena causa, que es la de rechazar a los invasores a todo trance y a toda costa hasta reponer este precioso estado a la quietud honesta y buena armonía en que hasta ahora nos hemos mantenido. ¿Qué sensación no debe hacer en nuestra almas el bullicio militar con que instantáneamente van perturbando Allende y sus secuaces? Es cuanto se puede ponderar de la desdicha, verse en necesidad de tomar las armas en un reino donde sólo podían servir cuando una nación contraria tratara de sorprendernos; pero ya nos amenaza la mano de los revolucionarios, y es indispensable que los vasallos fieles se prevengan para la defensa y el castigo, porque dejándose llevar de vulgaridades impremeditadas, ni el reino se podrá decir conservando para su legítimo dueño el señor DON FERNANDO VII, ni calcularse las consecuencias ni los estragos; y tomando una vez cuerpo la anarquía y el desorden, no nos entenderemos en nuestros días, todos andaremos confundidos entre la pobreza y el llanto, tropezando a cada paso con distintos partidos y gobiernos, que nos hagan huir de los otros hombres como de fieras ponzoñosas, y temer hasta en los espesos

montes sus asaltos.

Rectifíquense por mejor ingenio estos discursos, que en obsequio de la justicia se han hecho, y en servicio de ambas majestades y del Estado, quedándole a su autor el sentimiento de no haberles podido dar por su limitación la energía que merecen para introducirlas en los corazones con irrevocable firmeza, amándonos con ella y protegiéndonos mutuamente sin la detestable quimérica diferencia, que no hay de origen o suelo, por ser de un solo común soberano en cuyo conocimiento consiste la verdadera unión y el fundamento de las prosperidades. México 10 de Octubre de 1810.— *Licenciado Fernando Fernández de San Salvador.*

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602